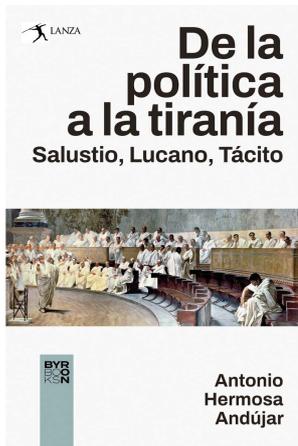


De la política a la tiranía: Salustio, Lucano, Tácito

ANTONIO HERMOSA ANDUJAR

Byron Books, Barcelona, 2023, 218 páginas



El pensador germano-americano Leo Strauss afirmaba que “el filósofo político sólo está interesado y defiende la verdad”, añadiendo que el origen de esta rama de la filosofía estaba en los clásicos, para los que “el fin de la vida política es la virtud, y el orden político que conduce a la virtud es la república aristotélica o, también, la forma mixta de gobierno”. Antonio Hermosa, sin duda el mejor conocedor de la filosofía política y del pensamiento clásico en la España actual, sigue la estela de Strauss porque partiendo de los filósofos romanos trata de explicar el mundo en el que vive, aunque a diferencia del profesor de la Universidad de Chicago, nunca ha aceptado la mentira platónica como instrumento político.

La idea sobre la que se articula su obra es conocida, pero a la vez terrible: como el deterioro de la república, entendida como sistema representativo, termina derivando en tiranía. Para lograr explicar esta dinámica, no solo define de forma impecable los conceptos de política y tiranía, sino que realiza un brillante y original análisis de tres grandes pensadores romanos.

El primero, Cayo Salustio Crispo (86-34 a. C.), el historiador plebeyo que vivió la crisis final de la República romana y cuyo brillante *cursus honorum* le llevó a sentarse en el Senado y a convertirse en jefe del partido cesariano. Pero que, además, es conocido por dos obras poliédricas que nos han llegado muy incompletas, las magníficas *Bellum Catilinarum* y *Bellum Iugurthinum*, y por los fragmentos de unas *Historiae*. Este legado historiográfico y, sobre todo, las ideas que contiene, le convirtieron en uno de los padres de la filosofía política republicana que, como demostró Quentin Skinner, “deriva mayormente de la filosofía moral romana, y especialmente de aquellos escritores que habían preservado la mayor admiración por la sentenciada república romana: Livio, Salustio y, por encima de todos, Cicerón”. En este sentido, Skinner ha sido uno más de los grandes historiadores del pensamiento político que se han sentido atraídos por la brillante obra del historiador nacido en los Abruzos, continuando la tradición de Anton Leeman, Antonio La Penna, Santo Mazzarino y anteriormente Theodor Mommsen y Werner Schur. En los estudios de este conjunto de académicos se abordaron aspectos tan determinantes para la comprensión del pensamiento de Salustio como su posición ante la expansión imperial romana, su visión de la democracia, su rechazo a la *nobilitas*, o su defensa de los derechos de los *itálicos* y de los *homines novi*.

Hermosa, profundo conocedor de la obra del historiador romano, no ha optado sin embargo por continuar esta tradición en su estudio de Salustio, rechazando plantearlo como una discusión académica en torno a estos aspectos, refutando o aceptando los planteamientos de otros autores que le precedieron en el análisis de la obra que nos legó el historiador romano. Por el contrario, y esta es sin duda la gran aportación de su obra, ha querido proporcionar una interpretación personal y novedosa sobre el pensamiento de Salustio, a partir de una profunda exégesis de su contenido. El resultado es, sin duda, brillante porque resulta concreto y limitado. Así, realiza una glosa sobre las posiciones de Cayo Julio Cesar y Marco Porcio Catón *el Joven* en relación con la *Bellum Catilinarum*, reflejando el universo de una República que muere y para la que ambos personajes tenían sus remedios, jurídico para el gran general, moral para el biznieto del enemigo de Aníbal. Precisamente esa contraposición de posiciones –que se repite a lo largo de toda la obra como piedra angular en los análisis del autor– resulta uno de los logros más importante del autor, pues permite apreciar la trascendencia del Derecho en la vida pública, posición siempre defendida por Hermosa en su trayectoria académica y personal. Pues solo la Ley puede ser el instrumento que permita organizar de forma coherente y estable una sociedad de hombres libres. Por el contrario, la apelación a la moral realizada por quien se cree su único poseedor –en este caso, de las virtudes republicanas– solo abre una ventana de oportunidad al triunfo del dogmatismo, convirtiendo en per-

verso a quien se considera su único detentador legítimo, con independencia o no de la calificación que puedan tener sus obras.

Hermosa también aborda uno de los aspectos más estudiados y discutidos de la obra de Salustio, plasmado en su *Bellum Iugurthinum*: el papel del *homo novus*, el hombre nuevo con el que se identifica el historiador romano y cuya máxima expresión para él era un plebeyo itálico: Cayo Mario, protagonista indiscutible de ese conflicto. A diferencia de otros intérpretes de Salustio, Hermosa no aborda el estudio de Mario a partir de coordenadas históricas y socioeconómicas, como símbolo de una nueva alianza entre plebe y caballeros frente a la clase senatorial, sino que se centra en explicar el campo de acción y de autolegitimación de ese *homo novi* sin historia y donde el mérito cobra especial trascendencia, en un momento histórico marcado por la ambigüedad y por la política como arte.

El segundo autor es Marco Anneo Lucano (39-65), el sobrino de Lucio Anneo Séneca al que Dante Aligheri (1265-1321) colocó en el Canto IV del “Infierno” de la *Divina Comedia*, como “Altísimo Poeta”, escribiendo: “Es Homero, el mayor de los poetas; el satírico Horacio luego viene; tercero, Virgilio; y último, Lucano”. Esta posición era merecida porque si bien el escritor cordobés nunca tuvo la grandeza de los autores de la *Iliada*, las *Odas* y la *Eneida*, fue más allá de sus predecesores al convertir un género hasta entonces heroico, mitológico e histórico, como era la épica, en político y contemporáneo. En este sentido su *Farsalia* constituyó una cima de la literatura romana. Pero Lucano no solo resultó ser un gran poeta, sino que también fue un rebelde y un inconformista, porque como posteriormente haría el anónimo autor de la *Chanson de Roland* se puso al lado del vencido, Cneo Pompeyo Magno, en un momento histórico en que gobernaban Roma los herederos del vencedor, César. Sin embargo, el sobrino de Séneca no se limitó a manifestar su rebeldía a través de la literatura, sino que fue también un hombre de acción, participando activamente en la conspiración que Cayo Calpurnio Pisón puso en marcha contra el emperador Nerón en el 61. El fracaso de esta conjura terminó con la vida de Lucano, obligado a suicidarse por imposición imperial cuando solo tenía 26 años.

No hay duda, por tanto, que Lucano fue un autor y un personaje fascinante al que Leonardo Bruni colocó al mismo nivel que Cicerón, calificando a ambos como “hombres muy cultos y autores muy sabios”, y cuya influencia resulta perceptible en Francesco Petrarca, Juan de Mena, Miguel de Cervantes, Luis de Góngora, Francisco de Quevedo, Víctor Hugo o Johann Wolfgang von Goethe. Es más, en el siglo XX una pensadora tan polidécrica como Hannah Arendt le comparaba con su amigo Kurt Blumenfeld, un dirigente sionista alemán, al que cuando alguien le comentó: “Pero tienes que admitir que esta causa no tiene ninguna posibilidad de triunfar”, respondió: “¿Quién dijo que me interesaba el éxito?”. Arendt, al recordar esta respuesta,

siempre le venía a la mente una frase que el poeta cordobés puso en boca de Catón *el Joven* en su célebre poema: “*Victrix causa deis placuit sed victa Catoni*”. Este es el espíritu del republicanismo. Esa apelación a la vieja República que hacía la autora alemana tenía toda la lógica, porque Lucano fue siempre un devoto de esta forma de gobierno y un enemigo del cesarismo que le sucedió. De hecho, su obra se articuló a partir de una contraposición entre dos modelos: el de Julio Cesar, un tirano cruel y sin escrúpulo, frente al representado por Pompeyo y sobre todo Catón *el Joven*, símbolos de los viejos valores republicanos que eran también los de Lucano. La guerra civil desatada por Cesar sobre la que giran los 10 libros del poema terminó con su victoria y en consecuencia con la muerte de la República, que fue sustituida por la tiranía. Esta visión de Lucano de la guerra civil entre los dos personajes históricos más grandes del Primer Triunvirato no se correspondía con la realidad de los hechos, pues Pompeyo si bien tuvo muchas virtudes nunca fue un hombre que representase los valores republicanos. Por tanto, resulta cuando menos significativo que el máximo adalid de esos valores, Catón, se uniese a su facción. No obstante, la mayor parte de los autores que estudiaron y estudian su obra, han aceptado este planteamiento, aunque de manera crítica, para explicar el pensamiento del poeta portugués.

Por el contrario, Hermosa nos presenta un planteamiento diferente y original del pensamiento de Lucano, que constituye sin duda otra gran aportación de su libro. Es cierto que acepta la idea de que este conflicto civil supuso el fin definitivo de la República, abriendo una etapa de transición hacia una nueva forma monárquica que se convertiría en una realidad tras el triunfo de Octavio Augusto sobre Marco Antonio. Sin embargo, rechaza la dicotomía planteada por Lucano entre el bando de César (Tiranía) y el de Pompeyo/Catón (República). En este sentido el catedrático de Filosofía la Universidad de Sevilla insiste en aspectos que hasta ahora no se habían tenido en cuenta en el análisis de la gran obra del poeta cordobés, como la falta de proyecto político que caracterizaba a los enemigos del conquistador de la Galia y la hipocresía de la filosofía estoica con la que se identificaba Lucano. Así queda patente en el brillante epígrafe dedicado a la figura de Catón *el Joven*. Pero Hermosa no solo rechaza la dicotomía planteada por Lucano, sino que realiza tres aportaciones más de notable trascendencia, que resultan en cierto modo originales. La primera, recogida en el epígrafe dedicado a la figura del tirano, se refiere al hecho de que esta guerra civil jamás pudo ser un conflicto entre República *versus* Tiranía, ya que una vez que el conquistador de la Galia cruzó el Rubicón y comenzó esta guerra, el futuro de Roma solo podía derivar en una tiranía –la de Cesar o la de Pompeyo– porque ya no existía la posibilidad de restaurar la vieja República, que había muerto como consecuencia de los problemas derivados de la expansión imperial, como agudamente sentenció Voltaire. La segunda aportación se refiere a los lí-

mites de la tiranía, un tema que preocupa enormemente al autor, y que en el caso de César solo eran dos: el placer (Cleopatra) y la ambición, demostrando así el carácter arbitrario e inestable de esta forma política. La tercera, tal vez la más interesante, se refiere al origen de la tiranía de César. Hermosa rechaza las explicaciones personales, y la vincula con la decisión del Senado, convencido por el estoico Cicerón, de entregar el poder a Pompeyo para combatir al rey Mitridates VI de Ponto. Con esta decisión de la institución más alta y simbólica de la República se abrió el camino definitivo para la sustitución de un régimen representativo por un poder personal.

La conclusión que se extrae, por tanto, del original análisis que Hermosa realiza de Lucano es que fueron precisamente los llamados representantes de las virtudes republicanas los que terminaron abriendo los caminos para su destrucción, no solo porque hicieron posible la aparición de las bases del poder personal a partir de las decisiones de las instituciones de la propia República, sino también porque demostraron una notable incapacidad para presentar un proyecto político que permitiese su pervivencia.

El último autor que analiza el catedrático de Filosofía fue el “más grande de los historiadores romanos” en palabras de su mejor biógrafo, Ronald Syme: Publio Cornelio Tácito. Resulta significativo que Hermosa le dé menos trascendencia que a Salustio y sobre todo que a Lucano, cuyo análisis constituye la parte central y más interesante de su obra. Esta diferencia puede deberse a que la figura del autor de los *Anales* sea más conocido, especialmente tras la gran obra homónima de Syme; a que se trate más de un historiador que de un pensador político; a que escribió cuando la tiranía, bajo la forma legitimadora del Principado –*Princeps Senatus, Princeps Civitatis*– se había hecho una realidad porque el Príncipe, también *Imperator* (poder militar) y *Augusto* (poder religioso), era un gobernante absoluto, o tal vez porque Tácito, a diferencia de Salustio y Lucano, nunca se atrevió a escribir una historia de las guerras civiles que asolaron Roma en el siglo I a.C, debiendo esperar casi 2.000 años a que Ronald Syme lo hicieran en su lugar y con su mismo estilo en *La Revolución Romana*, como irónicamente afirmó Arnaldo Momigliano. O quizá, más simplemente, a que el actual estudio de Tácito ya había sido precedido por dos más del autor sobre él que, si bien tangencialmente, también abordan esa problemática.

No obstante, y más allá de la validez de estas razones que apuntamos, la presencia de Tácito en último lugar resulta lógica: no solo desde el punto de vista cronológico, sino también porque supone la culminación de la idea clave sobre la que se ha articulado esta obra: el establecimiento de la tiranía como forma de gobierno en el Imperio Romano. En este sentido, y a diferencia de lo que había hecho con los dos autores anteriores, Hermosa hace un análisis histórico de este proceso, pasando por los cambios políticos introducidos por Octavio, que permitieron consolidar las bases de su poder personal. Esta dinámica ya había sido estudiada con anterioridad

por Mommsen, que se convenció de que Augusto había respetado las instituciones republicanas, desarrollando la tesis de que el Principado era una diarquía Senado/Emperador, y sobre todo por Syme, que no dudó en escribir que Octavio fue un habilidoso tribuno, estableciendo implícitamente similitudes con los líderes fascistas de su tiempo –*La Revolución Romana* fue publicada por primera vez en 1939–, que protagonizó un proceso revolucionario que culminó con el establecimiento de una forma de gobierno monárquica, apoyada sobre una nueva élite. Hermosa se inclina por la tesis de Syme y su análisis del gobierno del primer emperador se centra en las dinámicas que desarrolló para establecer un poder absoluto carente de oposición. Tal vez el hecho de que el catedrático de Filosofía reflexione sobre la naturaleza de ese poder y cómo Octavio fue capaz de comprar al Ejército y al pueblo romano dota de un carácter original e interesante a un periodo histórico muy estudiado. No obstante, el aspecto más destacado de este planteamiento es el hilo conductor que establece entre el absolutismo de Octavio y la tiranía de Tiberio, pues al desaparecer la oposición al poder en tiempos del primero, se abrió una ventana de oportunidad para que la arbitrariedad se convirtiese en la seña de identidad del gobierno del segundo. Por el contrario, la interpretación del reinado de Tiberio, historiadada por Tácito en sus *Anales*, presenta una estructura más convencional, abordando por ejemplo los cambios legislativos que tuvieron lugar en este periodo.

La obra finaliza con una cuestión que atenaza a Hermosa: los límites de la tiranía. Ya la había abordado al estudiar la figura de Lucano, estableciendo dos vectores: placer y ambición. Sin embargo, en el caso de Tiberio recurre a Maquiavelo y reconoce que, si bien el tirano no tiene límites jurídicos, y por tanto no los tiene en relación con la *virtú*, si pueden existir en relación con la *fortuna*, porque la degradación moral derivada de esta forma de gobierno, considerada un mal absoluto, termina provocando la caída del propio tirano.

Como conclusión de nuestro análisis, podemos afirmar que la obra de Antonio Hermosa constituye una aportación única y diferente para conocer la filosofía política romana y más concretamente las dinámicas que provocan la degradación de los regímenes representativos y su sustitución por tiranías. Por tanto, su validez no se limita exclusivamente al campo académico, sino que está abierta para cualquier lector culto, pues el proceso descrito a lo largo de sus páginas, aunque tuvo lugar hace más de 2.000 años, puede trasladarse a la actualidad, donde los regímenes iliberales son cada vez más numerosos como consecuencia de una paulatina degradación de las instituciones democráticas.

ROBERTO MUÑOZ BOLAÑOS